

24. Volvamos a lo que me propongo. Grande, sin duda, y venerable el hecho de que el maná lloviera del cielo a los judíos. Pero entiende. ¿Qué es más: el maná del cielo o el Cuerpo de Cristo? Sin duda alguna el Cuerpo de Cristo, que es el autor del cielo. Además, el que comió el maná murió; el que comiere este Cuerpo obtendrá la remisión de los pecados y no morirá jamás (28).

25. Así, pues, no en vano dices: “Amén”, confesando en espíritu que recibes el Cuerpo de Cristo. Porque cuando lo pides, te dice el sacerdote: “El cuerpo de Cristo”. Y tú respondes: “Amén”, es decir, “Es verdad”. Lo que la lengua confiesa sostén-galo el corazón. Mas, para que sepas que éste es un sacramento, su figura lo precedió.

VI

26. Conoce, después, cuán grande es este sacramento. Observa lo que dice: “Cuántas veces hicieréis esto, haréis memoria de mí hasta que venga otra vez” (29).

27. Y el sacerdote dice: “Por tanto, recordando su gloriosísima Pasión, y su Resurrección de entre los muertos y su Ascensión al cielo. Te ofrecemos esta hostia inmaculada, esta hostia espiritual, esta hostia incruenta, este pan santo y el cáliz de la vida eterna, y te pedimos y rogamos que recibas esta oblación en tu sublime altar por las manos de tus ángeles, como te dignaste aceptar los dones de tu siervo el justo Abel, el sacrificio de nuestro patriarca Abrahán y el que te ofreció el sumo sacerdote Melquisedec” (30).

28. Así cada vez que le recibes, ¿qué te dice el Apóstol?: “Cada vez que le recibimos, anunciamos la muerte del Señor” (31). Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos la remisión de los pecados. Si cada vez que su Sangre es derramada, es derramada para la remisión de los pecados, debo yo recibirla siempre para que siempre me perdone los pecados. Yo, que siempre pecco, siempre debo tener la medicina.

29. Hasta el presente y hoy, hemos explicado cuanto pudimos, pero mañana, el sábado y el domingo, hablaremos acerca del orden de la oración como podamos. ¡Qué Dios, nuestro Señor, os conserve la gracia que os dio y se digne iluminar más

plenamente los ojos que abrió por su Hijo unigénito, Rey y Salvador, Señor Dios nuestro, por quien y con quien le pertenece la alabanza, el honor, la gloria, la magnificencia, el poder, con el Espíritu Santo, desde los siglos y ahora y siempre y por los siglos de los siglos!

NOTAS

1. Hebreos 9, 4.
2. En Milán se administraba el bautismo una vez al año, por Pascua.
3. Salmo 1, 3.
4. I Pedro 2, 9; el apóstol cita a Isaías 43, 20-21 y Exodo 19, 6. Todos los fieles cristianos participan a su modo del sacerdocio de Cristo. Pero sacerdotes *propriamente dichos* (ministeriales, con carácter sacramental), son los presbíteros que han recibido el sacramento del Orden sagrado. Somos, pues, sacerdotes y reyes participando del sacerdocio y realeza de Cristo, al ser injertados a El por el Bautismo.
5. Cantar 8, 5.
6. I Pedro 1, 12.
7. I Corintios 2, 9.
8. Salmo 50, 9.
9. Salmo 42, 4.
10. Salmo 102, 5.
11. Mateo 24, 28.
12. Véase *supra*, I, 11 y 23.
13. Génesis 14-18.
14. Hebreos 7, 2.
15. I Corintios 1, 30.
16. Juan 14, 27.
17. Hebreos 7, 3.
18. Salmo 109, 4. Hebreos 7, 17.
19. "Designio del cielo" Cf. *supra* II, 18.
20. I Timoteo 2, 2.
21. Salmo 32, 9.
22. II Corintios 5, 17.
23. I Timoteo 2, 5.
24. Exodo 14, 21.
25. Exodo 15, 23.
26. IV Reyes 6, 5-6.
27. Es decir, la Eucaristía es el mismo sacrificio *cruento* de la Cruz, que se perpetúa en los altares en forma *incruenta*, bajo las especies (o figuras) del pan y del vino. Se divide los accidentes del pan y del vino, pero permanece íntegro el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se da, todo, a todos los que le reciben.
28. Juan 6, 49 y 58.
29. I Corintios 11, 26.
30. Esta oración corresponde al *Supra quae* y al *Supplices te rogamus*, de la plegaria eucarística romana actual.
31. I Corintios 11, 26.

LIBRO QUINTO

I

1. Nuestro sermón de ayer llegó a tratar de los sacramentos del santo altar, y vimos que la figura de estos sacramentos los había precedido ya en tiempos de Abrahán, cuando el santo Melquisedec —“que no tuvo comienzo ni fin de días”— ofreció su sacrificio. Oye, hombre, lo que dice el apóstol Pablo a los Hebreos. ¿Dónde están los que dicen que el Hijo de Dios es del tiempo? Se ha dicho que Melquisedec no tiene comienzo ni fin de días (1). Si Melquisedec no tiene comienzo de días, ¿acaso Cristo pudo tenerlo? Pero la figura (Melquisedec) no es más perfecta que la realidad (Cristo). Ves, pues, que El es, a la vez, “el primero y el último” (2). El primero, porque es el autor de todo; el último, no porque tenga fin, sino porque resume en sí todo.

2. Dijimos que en el altar se coloca el cáliz y el pan. ¿Qué se pone en el cáliz? Vino. ¿Y qué más? Agua. Pero me dices: ¿Cómo así? Melquisedec ofreció pan y vino. ¿Qué significa la mezcla del agua? Oye la razón.

3. Antes que nada, ¿qué contiene la figura que precedió, en tiempo de Moisés? Como el pueblo tenía sed y murmuraba porque no podía hallar agua, ordenó Dios a Moisés que tocara la piedra con la vara. Tocó la piedra y brotó agua de ella en abundancia (3), como dice el Apóstol: “Bebían de la piedra que les seguía; ahora bien, la piedra era Cristo” (4). No era una piedra inmóvil la que seguía al pueblo. Bebe tú, también, para que Cristo te siga. Mira el misterio. Moisés, es decir, un profeta; la vara, es decir, la

palabra de Dios: el sacerdote con la palabra de Dios toca la piedra y fluye el agua y bebe el pueblo de Dios. Así, pues, el sacerdote toca el cáliz, borbotea el agua en el cáliz, salta hasta la vida eterna (5) y el pueblo de Dios que ha conseguido la gracia, bebe.

4. Ya sabes, pues, esto. Oye también esto otro. En el tiempo de la pasión del Señor, estando ya por comenzar el gran Sábado, a causa de que nuestro Señor Jesucristo o los ladrones (crucificados junto a él) aún vivían, fueron enviados algunos (verdugos) para que los rematasen a golpes (6). En llegando encontraron muerto al Señor Jesucristo. Entonces uno de los soldados le hirió en el costado con la lanza, y de su costado manó agua y sangre (7). ¿Por qué agua? ¿Por qué sangre? Agua para limpiar, sangre para redimir. ¿Por qué del costado? Porque de donde proviene la culpa, de allí viene la gracia. La culpa vino por la mujer, la gracia por el Señor Jesucristo (8).

5. Viniste al altar. El Señor Jesús te llama, o llama a tu alma o a la Iglesia, y dice: “Que me bese con los besos de su boca” (9). ¿Quieres aplicar esto a Cristo? Nada más agradable. ¿Quieres aplicarlo a tu alma? Nada más dulce.

6. “Que me bese”. Te ve que estás limpio de todo pecado, porque tus delitos han sido lavados. Por eso te juzga digno de los sacramentos celestiales y por eso te invita al banquete celestial: “Que me bese con los besos de su boca”.

7. En cuanto a lo que sigue, tu alma o la humanidad o la Iglesia, viéndose limpias de todos los pecados, dignas de llegarse al altar de Cristo —¿qué es, en efecto, el altar sino la imagen del cuerpo de Cristo?—, ve los admirables sacramentos, y dice: “Que me bese con los besos de su boca”, es decir, que Cristo me dé un beso.

8. ¿Por qué? “Porque tus pechos son mejores que el vino” (10). Es decir, “tus pensamientos, tus sacramentos, son mejores que el vino, más que aquel vino que, aunque tenga suavidad, alegría y encanto, produce sólo alegría en este mundo, mientras que en ti hay deleite espiritual. Ya Salomón dio a entender, entonces, o las nupcias de Cristo y la Iglesia, o del Espíritu y la carne, o del Espíritu y el alma.

9. Y agrega: “Tu nombre es perfume derramado, por eso te amaron las doncellas” (11). ¿Quiénes son estas doncellas, sino las almas de aquellos que se despojaron de la vejez de su cuerpo, rejuvenecidos por el Espíritu Santo?

10. “Atráenos ¡corramos en pos del olor de tus perfumes!” (12). No puedes seguir a Cristo si El mismo no te atrae. Además, ten en cuenta: “Cuando haya sido levantado —dice El— atraeré todo a mí” (13).

11. “Introdújome el rey en su cámara” (14). En el griego se lee: “en su despensa y en su bodega”, allí donde tiene buenas bebidas, suaves mieles de fragante olor, diversos frutos, para que se te aderece tu comida con múltiples elementos.

III

12. Viniste, pues, al altar y recibiste el Cuerpo de Cristo. Oye otra vez qué sacramentos recibiste. Oye lo que dice el santo David. También él, en espíritu, preveía estos misterios y se alegraba y decía que nada le faltaba. ¿Por qué? Porque quien ha recibido el cuerpo de Cristo jamás tendrá hambre.

13. ¡Oh! ¡Cuántas veces oíste el Salmo 22 y no lo entendiste! Mira cómo se adapta a los celestiales sacramentos. “El Señor me alimentó y nada me faltará, en verde pradera me colocó. Me condujo al agua que restaura, reconfortó mi alma. Me condujo por el sendero de la justicia a causa de su nombre. Y aunque camine en medio de la sombra de la muerte, nada malo temeré, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo, ellos me han consolado”. La vara, es el poder soberano, el báculo, la Pasión; es decir, la eterna divinidad de Cristo, pero también su pasión corporal: aquélla creó, ésta redimió. “Preparaste delante de mí una mesa, a la vista de los que me atribulan. Ungiste con óleo mi cabeza y ¡cuán excelso es tu caliz embriagador!” (15).

14. Viniste, pues, al altar, recibiste la gracia de Cristo, conseguiste los sacramentos celestiales. Se alegra la Iglesia por la redención de muchos y se alegra con exultación espiritual al ver junto a sí a su familia vestida de blanco (16). Hallas esto en el Cantar de los Cantares. En su alegría invoca a Cristo; ella ha preparado un banquete que aparezca digno de un festín celestial. Y dice, por tanto: “Descienda mi hermano a su huerto y tome el fruto de sus árboles” (17). ¿Qué son estos árboles frutales? Leño seco erais en Adán, mas ahora, por la gracia de Cristo, echáis pimpollos como árboles frutales.

15. Con mucho gusto aceptó el Señor Jesús, y con bondad celestial contestó a la Iglesia: “Descendí —le responde— al huerto. Vendimié la mirra con mis unguentos, comí pan con mi miel, y bebí mi vino con mi leche. Comed —agrega— hermanos míos, y embriagaos” (18).

16. “Vendimié mi mirra con mis unguentos”. ¿Qué es esta vendimia? Conoced la viña y reconoceréis la vendimia. “Transplantaste —dice (el salmista)— la viña de Egipto” (19), esto es, el pueblo de Dios. Vosotros sois la viña, vosotros la vendimia. Plantados como una viña y como vendimia disteis frutos.

“Vendimié la mirra con mis unguentos”, es decir, a causa del olor que recibisteis.

17. “Comí mi pan con mi miel”. Ves que en este pan no hay amargura alguna sino que es todo dulzura. “Bebí mi vino con mi leche”. Ves que esta es una alegría que no ensucia ninguna mancha de pecado. Pues, cada vez que bebes, recibes la remisión de los pecados y eres embriagado por el Espíritu. De ahí que también diga el Apóstol: “No os embriaguéis con vino, mas llenaos del Espíritu” (20). Porque el que se embriaga con vino vacila y titubea; el que es embriagado por el Espíritu se arraiga en Cristo. Es, pues, una excelente embriaguez que produce la sobriedad del alma. Esto es lo que hemos discurrido brevemente acerca de los sacramentos.

IV

18. ¿Qué falta ahora sino oración? Y no creáis que sea algo de poca importancia el saber cómo debéis orar. Los santos Apóstoles dijeron al Señor Jesús: “Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos”. Entonces dijo el Señor esta oración: “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal” (21). Mira qué oración tan breve y llena de todas las virtudes.

¡Cuán llena de gracia la primera palabra!

19. Hombre, no osabas volver tu rostro al cielo, dirigías tus

ojos a la tierra y, súbitamente, recibiste la gracia de Cristo, te fueron perdonados todos los pecados. De mal siervo que eras fuiste hecho hijo. No presumas, pues, de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. Porque “por gracia habéis sido salvados”, dice el Apóstol (22). No cabe aquí, pues, arrogancia, sino fe; proclamar lo que has recibido no es soberbia sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo y dile: “Padre nuestro”. Buena pretensión, pero moderada. Padre, dices como hijo; mas no quieras reivindicarle como algo especialmente tuyo. De Cristo sólo es Padre especialmente; para nosotros todos, es el Padre común, porque sólo a Cristo engendró, a nosotros nos creó. Di, pues, tú también, por gracia: “Padre nuestro”, para que merezcas ser su hijo. Recomiéndate a ti mismo con el favor y la consideración de los méritos de la Iglesia.

20. “Padre nuestro que estás en los cielos”. ¿Qué significa “en los cielos”? Oye a la Escritura que dice: “Excelso (elevado) sobre todos los cielos es el Señor” (23). Y por doquiera tienes que el Señor está sobre los cielos de los cielos, como si los ángeles no estuvieran también en los cielos, como si las dominaciones no estuvieran en los cielos. Pero se trata de aquellos cielos de los cuales se ha dicho: “Los cielos proclaman la gloria de Dios” (24). El cielo está allí donde ha cesado la culpa, el cielo está allí donde son castigados los crímenes, el cielo está allí donde ya no hay ninguna herida de la muerte.

21. “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”. ¿Qué significa “santificado sea”? Como si deseáramos que sea santificado aquel que dijo: “Sed santos porque yo soy santo” (25). Como si alguna santificación pudiera añadirle nuestra palabra. No, sino que sea santificado en nosotros, para que su santificación (acción santificante) pueda llegar a nosotros.

22. “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino”. Como si el reino de Dios no fuese eterno. El mismo Jesús dice: “Para esto he nacido” (26); y tú dices al Padre: “Venga tu reino”, como si no hubiese venido. Mas, vino el reino de Dios cuando obtuvisteis la gracia. Pues El mismo dice: “El reino de Dios está en medio de vosotros” (27).

23. “Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Por la Sangre

de Cristo todo ha sido pacificado, en el cielo y en la tierra (28). Fue santificado el cielo, fue arrojado de él el diablo. Se halla allí donde también está el hombre a quien engañó. “Hágase tu voluntad”, es decir, haya paz en la tierra como en el cielo.

24. “El pan nuestro de cada día, dánosle hoy”. Me viene a la memoria lo que dije al tratar acerca de los sacramentos. Os dije que antes de las palabras de Cristo lo que se ofrece se llama pan; una vez pronunciadas las palabras de Cristo, ya no se llama pan, sino el Cuerpo. ¿Por qué en la oración dominical que sigue después, se dice “pan nuestro”? Dice pan, pero ἐπινοισιού, esto es, *substantial*. Este pan no es aquel que entra en el cuerpo, sino aquel pan de vida eterna que sostiene la substancia de nuestra alma. Por eso el griego lo llama ἐπιούσιος. En latín se llama cotidiano a este pan que los griegos llaman “de mañana”, porque los griegos llaman día que viene τῆν ἐπισῦσσαν ἡμέραν. Así, pues, lo que dice el latino y lo que dice el griego parece igualmente útil. El griego expresó ambos sentidos con una sola palabra, el latino dijo cotidiano.

25. Si el pan es cotidiano, ¿por qué esperar un año para que le recibas como tuvieron costumbre de hacerlo los griegos en Oriente? *Recibe cada día lo que debe aprovecharte cada día. VIVE DE TAL MODO QUE CADA DIA MEREZCAS RECIBIRLE* (29). Quien no merece recibirle cada día no merece recibirle después de un año. Así era cómo el santo Job ofrecía *cada día* un sacrificio por sus hijos, porque no sucediera que hubiesen comedido algún pecado en su corazón o en su palabra (30). Por tanto, oyes decir que cada vez que se ofrece el sacrificio, se significa la muerte del Señor y la resurrección del Señor, la ascensión del Señor y la remisión de los pecados ¿Y no recibes este pan de vida cada día? El que tiene una herida busca la medicina. Herida es para nosotros estar bajo el pecado: *medicina celestial es el venerable sacramento*.

26. “El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Si lo recibes cada día, cada día para ti es hoy. Si Cristo es para ti hoy, para ti resucita hoy. ¿Cómo? “Tú eres mi Hijo, hoy te engendré” (31). Hoy, pues, es cuando Cristo resucita. “Ayer y hoy es el mismo” (32), dice el Apóstol. Mas también en otra parte dice: “Avanzó la noche; se aproximó el día” (33). Avanzó la noche de ayer, se aproximó el día de hoy.

27. Continúa: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. ¿Qué es la deuda sino el pecado? Pues si no hubieses recibido dinero de prestamista extraño (el demonio), no estarías ahora necesitado y por esto se te imputa el pecado. Tuviste dinero con el que debías nacer rico. Eras rico: hecho a imagen y semejanza de Dios (34). Perdiste lo que tenías, es decir, la humildad; cuando pretendías reclamar con arrogancia perdiste tu dinero, te quedaste desnudo como Adán, contrajiste una deuda con el diablo, que no era necesaria. Y por ende, tú, que eras libre en Cristo, te hiciste deudor del diablo. El enemigo tenía tu caución, pero el Señor la crucificó y la borró con la efusión de su sangre (35): pagó tu deuda, te devolvió la libertad.

28. Dice, pues, con razón: “Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Pon atención en lo que dices: “Como perdono yo, así perdóname Tú a mí”. Si tú perdonas, a buen acuerdo llegas para que se te perdone a ti. Si no perdonas, ¿cómo pretendes que te perdone?

29. “Y no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal”. Presta atención a lo que dice: —Y no nos dejes caer en tentación a la que no podamos resistir—. No dice que no tengamos tentación, sino que, como un atleta quiere una tentación tal, que la pueda soportar la condición humana, y que cada uno sea librado del mal, esto es, del enemigo, del pecado.

30. En cuanto al Señor, poderoso es El —que quitó vuestro pecado y condonó vuestros delitos— para protegeros y guardaros contra las insidias del diablo que combate, a fin de que no os sorprenda el enemigo, quien, por lo común, es quien engendra la culpa. Mas, quien en Dios se confía no teme al diablo. Porque “si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (36). A El, pues pertenece la alabanza y la gloria desde los siglos y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Hebreos 7, 3.
2. Apocalipsis 1, 17.
3. Exodo 17, 1-6.
4. I Corintios 10, 4.
5. Juan 4, 14.
6. Era el “crurifragium”. Con grandes mazos se quebraban las piernas y, cuando era necesario, el pecho de los ajusticiados. Era una especie de “golpe de gracia”.
7. Juan 19, 32-35.
8. Del costado de Adán fue formada la mujer (Eva) por quien vino el pecado. Del costado de Cristo proviene la Iglesia, Madre en cuyo seno recibimos la Gracia (vida divina).
9. Cantar 1, 1.
10. Cantar 1, 1.
11. Cantar 1, 2.
12. Cantar 1, 3.
13. Juan 12, 32.
14. Cantar 1, 4.
15. Salmo 22, 1-5.
16. Se refiere a la vestidura blanca que llevaban los bautizados, y que conservaban durante la octava.
17. Cantar 4, 16.
18. Cantar 5, 1.
19. Salmo 79, 9.
20. Efesios 5, 18.
21. Mateo 6, 9-13. Lucas 11, 1-4.
22. Efesios 2, 5.
23. Salmo 112, 4.
24. Salmo 18, 2.
25. Levítico 19, 2.
26. Juan 18, 37.
27. Lucas 17, 21.
28. Colosenses 1, 20.
29. **Hermoso programa de vida centrada en la Eucaristía:** *Sic vive ut quotidie merearis accipere*. Este *merecer*, equivale a estar en las debidas condiciones requeridas para una buena comunión: gracia de Dios, ayuno, recta intención, etc., no es la manera jansenista. Por eso continúa con los mismos sentimientos de la Iglesia que, antes de la Comunión, nos hace decir a Dios que le recibimos sin merecerlo... como *medicina* de salvación.
30. Job 1, 5.
31. Salmo 2, 7.
32. Hebreos 13, 8.
33. Romanos 13, 12.
34. Génesis 1, 26-27.
35. Colosenses 2, 14-15.
36. Romanos 8, 31.

LIBRO SEXTO

I

1. Así como nuestro Señor Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, no por gracia como los hombres, sino como Hijo de la substancia del Padre, así es su verdadera carne la que nosotros recibimos —como El mismo ha dicho— y es su verdadera sangre la bebida que tomamos (1).

2. Pero acaso digas —lo que dijeron en aquel tiempo los discípulos de Cristo, al oírle decir: “El que no comiere mi carne y no bebiere mi sangre no permanecerá en Mí y no tendrá la vida eterna” (2)—, acaso digas: “¿Cómo es verdadera (carne)? Veo, ciertamente, la semejanza de la sangre (en el vino), no su realidad”.

3. Ante todo, te dije acerca de la palabra de Cristo que obra, cómo puede ella mudar y convertir las leyes generales de la naturaleza. Además, cuando los discípulos no soportaron las palabras de Cristo, y oyéndole decir que dará su carne a comer y su sangre a beber, se retiraban (3), entonces sólo Pedro dijo: “Tú tienes palabras de vida eterna, ¿cómo te dejaré?” (4). Así, para que un mayor número no dijese lo mismo, so pretexto de un cierto horror de la sangre que se derrama, y para que perdurara la gracia de la redención, por ello recibes el sacramento bajo las especies, pero recibes la gracia y virtud de lo que realmente es.

4. “Yo soy —dice— el pan vivo que descendió del cielo” (5). Pero la carne no descendió del cielo, es decir, tomó carne de una virgen en la tierra. ¿Cómo, pues, descendió el pan del cielo, y pan vivo? Porque nuestro Señor Jesucristo participa no sólo de la divinidad, sino también del cuerpo, y tú que recibes su carne, participas de su substancia divina en este alimento.

II

5. Recibiste, pues, los sacramentos, conociste todo plenísimamente, porque fuiste bautizado en el nombre de la Trinidad. En todo lo que hemos hecho, se ha guardado el misterio de la Trinidad. En todo hallóse el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, una operación, una sol santificación, aunque algunas cosas parezcan ser, en cierto modo, especiales.

6. ¿Cómo? *Dios* es quien te ungió y el *Señor* es quien te señaló y puso el *Espíritu Santo* en tu corazón (6). Recibiste, pues, el Espíritu Santo en tu corazón. Aquí tienes otra cosa: como tienes el Espíritu Santo en tu corazón, así también tienes a Cristo. ¿Cómo? Esto hallas en el Cantar de los Cantares, cuando Cristo dice a la Iglesia: “Ponme como sello en tu corazón, como sello en tus brazos” (7).

7. De modo, pues, que *Dios* te ungió, *Cristo* te señaló. ¿Cómo? Porque fuiste signado con la señal de la cruz, con la señal de su Pasión. Recibiste su signo para que te asemejes a El, para que a su imagen resucites, para que vivas a semejanza de Aquel que fue crucificado para el pecado y vive para Dios. Y el hombre viejo que eras, sumergido en la fuente, fue crucificado para el pecado, pero resucitó para Dios (8).

8. Por otra parte, tienes además esto especial: que *Dios* te llamó (9), mientras que en el Bautismo fuiste crucificado de manera especial con Cristo (10), y en seguida, cuando recibes de manera especial el Sello espiritual (11), ves que hay distinción de Personas, pero todo el misterio de la Trinidad se está inseparablemente unido.

9. ¿Qué te dijo el Apóstol, a continuación, como se leyó anteaayer? “Hay diversidad de gracias, mas el *Espíritu* es uno mismo; diversidad de ministerios, mas el *Señor* es uno mismo; diversidad de operaciones, más el mismo *Dios* es el que las obra todas ellas en todos” (12). Dice que todo lo hace Dios. Pero también se ha leído acerca del Espíritu de Dios: “Es uno mismo Espíritu que reparte a cada uno como quiere” (13). Oye a la Escritura que dice que el Espíritu reparte según su voluntad y no por obediencia. Por tanto, os ha repartido la gracia como quiere, no como si se le hubiera ordenado. Y, sobre todo, el Espíritu de Dios es el Espíritu de Cristo. También retened esto: El es el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, el Espíritu Paráclito.

10. Los arrianos se imaginan que es rebajar al Espíritu Santo llamarle Espíritu Paráclito. ¿Qué es Paráclito sino Consolador? ¡Como si no se hubiese leído también respecto del Padre que es *Dios de Consolación!* (14). Ves, pues, que se imaginan que se rebaja al Espíritu Santo con aquello mismo con que se proclama, con piadoso afecto, el poder del eterno Padre.

III

11. Aprende, ahora, cómo debemos orar. Muchas cualidades se refieren a la oración. No es poco saber dónde debes orar, ni es cuestión de poca importancia. Dice el Apóstol: “Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando manos puras, sin ira ni disensión” (15). Y dice el Señor en el Evangelio: “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre” (16), ¿No te parece que se contradicen? Dice el Apóstol: “Ora en todo lugar”, y el Señor: “Ora dentro de tu aposento”. No, no se contradicen. Resolvamos esto primero, en seguida veremos cómo debes comenzar la oración y los puntos que debes distinguir, qué debes exponer, qué debes alegrar y cómo debes concluir la oración, y, después, por quién debes orar. Aprendamos todo esto.

12. En primer lugar, ¿dónde debes orar? Parece que Pablo dice una cosa, y Cristo otra. ¿Acaso pudo Pablo enseñar algo contrario a los preceptos de Cristo? No, ciertamente, ¿Por qué razón? Porque no es adversario sino intérprete de Cristo: “Sed mis imitadores —dice— como yo lo soy de Cristo” (17). ¿Y entonces? Puedes orar en todas partes y siempre en tu aposento. En todas partes tienes tu aposento. Aunque estés entre gentiles, aunque estés entre judíos, tienes en todas partes tu secreto. Tu aposento es tu espíritu. Aunque estés en medio de la muchedumbre conservas, sin embargo, en el hombre interior, tu secreto y recóndito aposento.

13. “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento”. Dice con razón: “entra”, para que no ores como el judío a quien se dijo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí” (18). Así pues, que tu oración no proceda sólo de los labios. Pon en ella todo el ánimo, entra en el retiro de tu corazón, entra totalmente. Que Aquel a quien deseas agradar no

te encuentre negligente. Que vea El que oras de todo corazón para que se digne oírte, a ti, que oras de este modo.

14. “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento”. También lees esto en otra parte: “Anda, pueblo, mío y entra en tu retiro, cierra tu puerta, ocúltate un poco hasta que pase la ira del Señor” (19). Esto ha dicho el Señor por boca del profeta. Ahora bien, dice en el Evangelio: “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre”.

15. ¿Qué es “cerrada la puerta”? Oye que tienes una puerta que debes cerrar cuando oras. ¡Ojalá lo oyesen las mujeres! Ya lo oíste, te lo enseñó el santo David diciendo: “Pon, Señor, una guardia a mi boca y una puerta para cerrar mis labios” (20). Hay, en otro lugar, una puerta de la que habla el apóstol Pablo diciendo: “A fin de que Dios nos abra una puerta para la palabra, a fin de anunciar el misterio de Cristo” (21). Así, pues, cuando ores no quieras hacerlo a gritos, ni derramar tu oración ni pregonarla a la muchedumbre. En lo secreto ora, seguro de que puede oírte en lo secreto Aquel que ve todo y oye todo, “y ora a tu Padre en lo oculto”. Porque Aquel que ve en lo oculto te oye cuando le suplicas.

IV

16. Mas, investiguemos qué aprovecha orar en secreto, y por qué razón debemos orar así más bien que vociferando. Escucha, tomemos un ejemplo de lo que suele hacer el hombre. Si ruegas a alguien que está dispuesto a oír, no crees necesario hacerlo con clamor, sino con moderada voz le ruegas suavemente. Si ruegas a algún sordo, ¿acaso no empiezas a gritar para que te pueda oír? Aquel, pues, que grita, se imagina que de otro modo *no puede* oírle Dios sino gritando, y entonces mientras le ruega le está disminuyendo su poder. En cambio, aquel que ora en silencio demuestra fe y reconoce que Dios sondea los corazones y las entrañas (22), y que oye tu oración aun antes de que salga de tu boca.

17. Veamos, pues: “Quiero que los hombres oren en todo lugar” (23). ¿Por qué razón dice “los hombres”? Ciertamente la oración es común a hombres y mujeres. Ninguna (razón) hallo, a no ser que el Apóstol tal vez habló de los hombres por temor de

que las mujeres lo llevasen a la práctica, y entendiesen mal eso de “en todo lugar” y comenzasen a clamar por doquier, cosa que no podemos permitir en la iglesia (24).

18. “Quiero que los hombres”, esto es, los que son capaces de guardar este precepto, “oren en todo lugar elevando manos puras”. ¿Qué quiere decir “elevando manos puras”? ¿Acaso debes, cuando oras, mostrar a los gentiles la cruz del Señor? (25). Esta es, en verdad, una señal de fuerza y no de vergüenza. Existe, con todo, un modo de que puedas orar sin que hagas el gesto y es elevando tus acciones. Si quieres hacer lo que debes hacer, eleva manos puras por la inocencia. No hay por qué elevarlas (materialmente) todos los días, ya lo hiciste una vez; no es necesario que de nuevo las eleves.

19. “Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando manos puras, sin ira y sin disensión”. Nada más verdadero. “La ira —dice (la Escritura) — pierde aun a los sabios” (26). Así, pues, en todo tiempo, en cuanto sea posible, el cristiano debe moderar la iracundia y máxime cuando se dispone a orar, para que la indignación no perturbe tu ánimo ni el furor de la ira impida tu oración. Disponte a orar más bien cuando tu corazón se apacigüe. ¿Por qué te irritas? ¿Un siervo (un subordinado tuyo) incurrió en falta? Te dispones a orar para que te sean perdonados tus delitos ¿y te indignas contra otro? Esto quiere decir, pues, *sin ira*.

V

20. Veamos ahora lo referente a la *disensión*. A menudo el que viene a orar es hombre de negocios: el avaro piensa en su dinero, otro en su ganancia, otro en el honor, otro en su pasión, y se imagina que Dios puede escucharle. De modo, pues, que cuando oras te conviene anteponer las cosas divinas a las humanas.

21. “Asimismo, quiero también que oren las mujeres” sin pavonearse con atuendos y perlas, dice el apóstol Pablo (27). Pedro también dice: “Vale mucho la gracia de la mujer, para que mediante la buena conducta de la esposa cambien los sentimientos del esposo y el incrédulo se someta a la gracia de Cristo” (28). Esto vale la seriedad y el pudor y la buena conducta de la mujer:

atrae a su marido a la fe y a la devoción, lo cual de ordinario se produce por la palabra de un varón prudente. “Por tanto —dice— no ponga la mujer su afán en el adorno de su cabello ni en sus rizos, sino en la oración que surja de corazón puro, donde está oculto el hombre interior que siempre es rico delante de Dios” (29). Tienes, pues, con qué ser rica. Tus riquezas en Cristo son el pudor y la castidad; tus adornos la fe, la devoción y la misericordia. Estos son los tesoros de la justicia, como recuerda el profeta (30).

22. Después (de lo ya dicho) veamos por dónde debes comenzar. Dime, si quieres rogar a un hombre y empiezas así: “¡Dame! he aquí lo que te pido”. ¿No te parece insolente la petición? De modo, pues, que la oración debe comenzarse por la alabanza a Dios, a fin de rogar a Dios omnipotente para quien todo es posible y tiene la voluntad de conceder. Sigue la súplica, como enseñó el Apóstol diciendo: “Exhorto, pues, ante todo, que se hagan oraciones, obsecraciones (súplicas), postulaciones (peticiones) y acciones de gracias” (31). La primera parte de la oración debe contener la *alabanza* a Dios, la segunda la *súplica*, la tercera la *petición*, y la cuarta la *acción de gracias*. No debes, como un hambriento de comida, que se lanza sobre la comida sino antes debes comenzar por las alabanzas de Dios.

23. He aquí cómo proceden los oradores prudentes, para hacer que el juez les sea propicio. Comienzan por alabarle para hacerle juez benévolo. En seguida, poco a poco, se comienza a rogar al juez que se digne oír pacientemente. En tercer lugar, se atreve a exponer su petición, a expresar lo que pide. En cuarto lugar, así como empezó con las alabanzas de Dios, así debe terminar con las alabanzas de Dios.

24. Hallas esto en la oración dominical: “Padre nuestro, que estás en los cielos”. Alabanza de Dios es llamarle Padre, proclamándose en El la gloria de la piedad. Alabanza de Dios es que habite en los cielos, no en la tierra. “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (32), es decir, que santifique a sus siervos. Porque su nombre es santificado en nosotros cuando los hombres se proclaman cristianos. Así, pues, “santificado sea tu nombre” es la expresión de un anhelo. “Venga tu reino”. Es la petición: que el reino de Cristo esté en todos. Si reina Dios en nosotros, el adversario no puede tener lugar. La culpa no reina, el pecado no reina, sino que reina la virtud, reina el pudor, reina la

devoción. Sigue después: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Esta petición es la mayor de cuantas se han hecho. “Y perdónanos nuestras deudas —dice—, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Por tanto, recibe todos los días, para que pidas todos los días el perdón de tu deuda. “Y no permitas que seamos inducidos en la tentación, mas líbranos del mal”. ¿Qué sigue? Oye lo que dice el sacerdote: “Por nuestro Señor Jesucristo en quien y con quien posees honor, alabanza, gloria, magnificencia y poder con el Espíritu Santo, por los siglos y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén”.

25. Otra cosa. Aunque haya un libro de los Salmos de David, que tiene todas las cualidades de la oración como dijimos antes, sin embargo muchas veces todas esas partes de la oración se hallan en un solo Salmo, como lo comprobamos en el Salmo 8. En efecto, así comienza: “¡Oh, Señor, dueño nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!”. Es la primera parte de la oración. Viene después la obsecración (súplica): “Por que veré los cielos, obra de tus dedos”, esto es, veré los cielos, la luna y las estrellas que Tú fundaste. No dice: “veré el cielo”, sino “los cielos”, donde comienza a alborear la gracia con esplendor celestial. Pues, estos cielos se prometía para sí el Profeta, los cuales serían dados por el Señor a los que mereciesen la gracia celestial. “La luna y las estrellas que fundaste”: la luna es la Iglesia, las estrellas son las almas que resplandecen con la gracia celestial. En seguida mira su petición: “¿Qué es el hombre para que Tú lo recuerdes, o el hijo del hombre para que Tú le visites? Poco menos lo hiciste que los ángeles, de gloria y honor lo coronaste y lo constituiste sobre las obras de tus manos”. Y otra acción de gracias: “Pusiste todo bajo sus pies, las ovejas y todos los bueyes, y aun las bestias del campo” (33).

26. Hemos enseñado según nuestra capacidad, lo que tal vez no hemos aprendido, y lo hemos expresado como pudimos. Que vuestra santidad, instruida con las enseñanzas sacerdotales, trate de retener lo que ha recibido, para que vuestra oración sea aceptada a Dios, y vuestra ofrenda sea como una hostia pura, y reconozca El en vosotros su sello, a fin de que podáis, también vosotros, alcanzar la gracia y el premio de las virtudes, por nuestro Señor Jesucristo, a quien pertenece la gloria, el honor, la alabanza, la perpetuidad, desde los siglos y ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Juan 6, 56.
2. Juan 6, 54.
3. Juan 6, 61-62.
4. Juan, 6, 69.
5. Juan 6, 41.
6. II Corintios 1, 21-22.
7. Cantar 8, 6.
8. Romanos 6, 6-8.
9. Gálatas 1, 6.
10. Romanos 6, 6.
11. Ver *supra* IV, 8.
12. I Corintios, 12, 4-6.
13. I Corintios 12, 11.
14. II Corintios 1, 3.
15. I Timoteo 2, 8.
16. Mateo, 6, 6.
17. I Corintios, 11, 1.
18. Isaías 29, 13. Mateo 15, 8.
19. Isaías 26, 20.
20. Salmo 140, 3.
21. Colosenses 4, 3. Cf. I Corintios 16, 9; II Cor. 2, 12; aquí “puerta” tiene sentido de “ocasión”, “oportunidad”, “posibilidad”.
22. Salmo 7, 10.
23. I Timoteo 2, 8.
24. Parece ser que en los turbulentos tiempos de San Ambrosio, en que hubo de defender la posesión de su catedral del apoderamiento de los arrianos permaneciendo en ella con los fieles, día y noche, era difícil mantener el silencio en el recinto de la iglesia. Así, dice el santo (*In Ps. I, praef. 9*): “Quantum laboratur in ecclesia ut fiat silentium, cum lectiones leguntur!” (¡Cuánto cuesta se haga silencio en la iglesia, cuando se leen las lecciones!).
25. La elevación de las manos al orar —señal de humanidad y súplica— es desde antiguo el gesto del orante. Véase en el Antiguo Testamento: Exodo 17, 11; Lamentaciones 3, 45; Salmos 118, 48 y 140, 2. Para los cristianos era la actitud familiar (corregidos los excesos), que los condujo al gesto de los brazos en cruz. Inspiró esta actitud, desde los tiempos apostólicos, el pensamiento de reproducir la posición de Cristo en la cruz, donde así oró en las tres horas de su agonía. Este gesto perdura en la actitud del sacerdote en la Misa. Es no sólo una postura conveniente, sino también una meritoria mortificación. Pero a esta elevación de las manos debe acompañar —como dice San Ambrosio— la pureza (el estado de gracia que se adquirió por primera vez en el Bautismo). Se le preguntó a San Macario: “¿Cómo debemos orar?”. Y respondió: “No es necesario usar muchas palabras, basta tener las manos elevadas”. Véase Tertuliano (*De oratione*, c. XIV); San Agustín (*Enar. in psalmos*, Ps. LXII); San Ambrosio (*De virginibus*, I, II). Decía el santo Cura de Ars: “El hombre está hecho sobre el modelo de la cruz”.
26. Proverbios 15, 1 (Setenta).
27. I Timoteo 2, 9.
28. I Pedro 3, 1.
29. I Pedro 3, 3-4.

30. No se puede localizar la cita bíblica correspondiente. Tal vez haga alusión a Col. 2, 3 y Gálatas 5, 22, y a expresiones semejantes de los Salmos.
31. I Timoteo 2, 1.
32. Mateo 6, 9. Para el primer comentario del Padrenuestro, véase *supra* V, 18-19.
33. Salmo 8, 1-8.

LOS MISTERIOS

I

1. Cada día hemos tenido una instrucción moral cuando se hizo lectura de los hechos de los Patriarcas o de las máximas de los Proverbios, a fin de que instruidos y educados con ellos os acostumbréis a entrar en las vías de nuestros antepasados, a seguir su camino y a obedecer los oráculos divinos, y, así, renovados por el bautismo, viváis como corresponde a los que han sido purificados.

2. Ahora el tiempo nos invita a hablar acerca de los misterios (1) y a daros la explicación misma de los sacramentos. Si hubiésemos pensado insinuároslo antes del bautismo, cuando aún no estabais iniciados, se hubiera considerado esto como traición de nuestra parte, más que como tradición. Además, la luz de los misterios penetra mejor en aquellos que no se lo esperan, que si se lo hiciera preceder de alguna disertación.

3. Abrid, pues, los oídos, y aspirad el buen olor de la vida eterna que os ha sido derramado mediante el don de los sacramentos. Es lo que os hicimos notar cuando dijimos, al celebrar el misterio de la “apertura”: “¡Effeta!, es decir, ábrete” (2), para que todos los que iban a venir a la gracia supieran lo que se les preguntaría y se acordaran de lo que debían responder.

4. Cristo celebró este misterio en el Evangelio —como leemos— cuando curó al sordomudo. Pero El tocó la boca porque curaba no sólo a uno que era mudo, sino también a uno que era varón: por una parte, porque quería abrirle la boca para el sonido de la voz que en ella infundía, y, por la otra, porque este tacto que convenía a un varón, no hubiera sido conveniente hacerlo a una mujer.

II

5. Después, te fue abierto el Santo de los Santos, entraste en el santuario de la regeneración. Recuerda lo que se te preguntó, acuérdate de lo que respondiste. Renunciaste al diablo y a sus obras, al mundo y a su lujuria y a sus voluptuosidades (3). Tu palabra se conserva no en un sepulcro de muertos, sino en el libro de los vivientes.

6. Viste allí al levita, viste al sacerdote, viste al sumo sacerdote. No consideres las figuras de sus cuerpos, sino la gracia de su ministerio. Hablaste en presencia de los ángeles, como está escrito: “Los labios del sacerdote guardan la ciencia y de sus labios se ha de aprender la ley, porque él es ángel del Señor omnipotente” (4). No hay error, no hay lugar a negación, es el ángel que anuncia el reino de Cristo y la vida eterna. No le debes estimar por su apariencia, sino por su función. Considera lo que te ha transmitido, aprecia su utilidad, reconoce su grandeza.

7. Entrado, pues, para pelear contra tu adversario a quien pensaste había que renunciar dándole la cara, te vuelves hacia el Oriente, porque quien renuncia al diablo vuélvese hacia Cristo, y le mira directamente al rostro (5).

III

8. ¿Qué viste? Agua, en verdad, pero no sola: a levitas que ejercían allí su ministerio, al sumo sacerdote que interrogaba y consagraba (6). El Apóstol, ante todo, te enseñó que no hay que contemplar “lo que se ve, sino lo que no se ve, porque lo que se ve es temporal, y, en cambio, lo que no se ve es eterno” (7). Porque también en otro lugar dice: “Porque lo invisible de Dios, el eterno poder y su divinidad, se hacen notorios desde la creación del mundo, siendo percibidos por sus obras”. Por lo cual dice el Señor mismo: “Si no me creéis a Mí, creed al menos en mis obras” (9). Cree, pues, que allí está la presencia de la Divinidad. Crees en su operación ¿y no crees en su presencia? ¿De dónde se seguiría la operación si no precediese la presencia?

9. Ahora bien, considera cuán antiguo es este misterio prefigurado en el origen mismo del mundo. En el principio mismo, cuando

Dios hizo el cielo, y la tierra, “el Espíritu —dice la Escritura— se movía sobre las aguas” (10). ¿Acaso quien se movía sobre las aguas no ejercía acción (*obraba*) sobre las aguas? ¿Qué diré? ¡Seguro que ejercía acción! El moverse sobre el agua concierne a la presencia. ¿Y no obraba Aquel que se movía? Sábetete que obraba en la creación del mundo, cuando te dice el profeta: “Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su potencia por soplo de su boca” (11). Ambas cosas apóyanse en el testimonio profético: tanto que se movía, cuanto que obraba. Que se movía, lo dice Moisés (en el Génesis, 1, 2), que obraba, lo atestigua David (en el salmo 32, 6).

10. Oye otro testimonio. Corrupta estaba toda carne por sus iniquidades. “No permanecerá —dijo Dios— mi espíritu en los hombres, porque son carne” (12). Con lo cual pone de manifiesto Dios que la inmundicia de la carne (su impureza) y la mancha del pecado grave apartan la gracia espiritual. Por lo cual, queriendo Dios reemplazar lo que faltaba, hizo el diluvio y ordenó al justo Noé que subiera al arca (13). Cuando el diluvio se retiró, primero mandó (Noé) un cuervo que no volvió, y después una paloma que —como se lee (Génesis 8, 1-11)— volvió con un ramito de olivo. Ves el agua, ves el leño, percibes la paloma, ¿y dudas del misterio?

11. El agua es, pues, aquella donde la carne se sumerge para que se borre todo pecado de la carne. Allí todo delito es sepultado. El leño es aquel en el cual fue clavado el Señor Jesús cuando padeció por nosotros. Es la paloma, bajo cuya apariencia descendió el Espíritu Santo —como lo aprendiste en el Nuevo Testamento— quien te inspira la paz del alma, la tranquilidad de la mente. El cuervo es figura del pecado que se va y no vuelve, si en ti se mantienen la observancia y el ejemplo del justo.

12. Un tercer testimonio hay, también, como te enseña el Apóstol: “Porque nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos pasaron el Mar Rojo y fueron todos bautizados en Moisés en la nube y en el mar” (14). Además, el mismo Moisés dice en su cántico: “Enviaste tu Espíritu (soplo) y los anegó el mar” (15). Advierte que en aquel tránsito de los judíos (por el Mar Rojo), en que pereció el egipcio y se salvó el hebreo, ya estaba prefigurado entonces de antemano el sagrado Bautismo. Porque, ¿qué otra enseñanza recibimos con esto cada día, sino que la culpa es anegada y el error abolido, mientras que la piedad y la inocencia permanecen intactas?

13. Oyes que nuestros padres estuvieron bajo la nube, y buena nube es ésta que enfrió el incendio de las pasiones de la carne. Buena nube que cubre con su sombra a los que visitó el Espíritu Santo. Sobrevino después, a la Virgen María y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra (16), cuando engendró la Redención del género humano. Y ese milagro fue hecho en figura por Moisés. Si, pues, el Espíritu Santo estuvo presente en la figura, ¿acaso no lo está en la verdad (realidad) cuando la Escritura te dice: “La Ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo”? (17).

14. La fuente Mara, era amarga. Moisés puso en ella un leño y se volvió dulce (18). Porque el agua sin la predicación de la cruz del Señor ninguna utilidad reporta para la futura salvación, mas, cuando es consagrada por el misterio de la Cruz salutífera, entonces se temple para servir de baño espiritual y de copa saludable. Así, pues, como Moisés —esto es, el profeta— puso el leño en aquella fuente, así también el sacerdote pone en esta fuente la predicación de la cruz del Señor, y el agua se hace dulce para la gracia (19).

15. No creas, pues, solamente a los ojos del cuerpo. Es más visible lo que no se ve, porque esto que se ve es temporal; aquello que no se ve con los ojos es eterno. Más se ve (con los ojos de la fe) lo que no se ve (con los ojos del cuerpo), porque es penetrado por el ánimo y la mente (20).

16. Sírvate además de enseñanza, la lectura que se acaba de hacer del libro de los Reyes (21). Naamán era sirio y tenía lepra y nadie podía curarle. Entonces una muchacha cautiva dijo que había un profeta en Israel, que podría limpiarle la enfermedad de la lepra. Tomó —dice— oro y plata, y fuese al rey de Israel. El cual, conocido que hubo la causa de su llegada, rasgó sus vestiduras diciendo que más bien se trataba de un pretexto para probarle (por parte del rey de Siria), por cuanto se le exigía algo que no dependía de su poder real. Mas Eliseo intimó al rey le enviase al sirio para que conociese que había Dios en Israel. Y cuando llegó, le mandó que se sumergiese siete veces en el río Jordán.

17. Entonces Naamán comenzó a decirse que en su patria había mejores aguas, en las que a menudo se había bañado sin nunca ser purificado de la lepra. Detenido por esto, no obedeció las órdenes del profeta. Pero, aconsejado y persuadido por sus

siervos, asintió y se bañó, y, purificado instantáneamente, comprendió que no era obra del agua el que uno se purifique, sino de la gracia.

18. Conoce ahora quién es aquella muchacha de entre los cautivos. Quiere decir: la joven asamblea de entre los gentiles, esto es, la Iglesia del Señor, abatida antes por la cautividad del pecado, cuando aún no tenía la libertad de la gracia, pero cuyo consejo el vano pueblo de los gentiles escuchó la palabra profética de la cual antes, por mucho tiempo, había dudado. Después, sin embargo, desde que creyó que debía obedecer, fue lavado de toda la infección de los vicios. Dudó él antes de ser sanado. Tú has sido ya curado, por consiguiente no debes dudar.

IV

19. Por eso se te ha dicho ya antes que no creas sólo lo que ves, no sea que digas tú también: “¿Este es aquel misterio que el ojo no vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre subió?” (22). Veo el agua que veía todos los días, ¿me habrá ella de purificar, ella a la que a menudo he descendido sin jamás ser purificado? Entiende, por ahí, que el agua no purifica sin el Espíritu.

20. Y también por eso leíste que en el bautismo *tres testigos son uno: el agua, la sangre y el espíritu* (23). Porque si retiras uno de ellos, ya no queda en pie el sacramento del bautismo. En efecto, ¿qué es el agua sin la cruz de Cristo? (24). Un elemento común sin ningún efecto sacramental. Ni, sin agua, tampoco hay misterio de la regeneración. Porque “quien no renaciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (25). También el catecúmeno cree en la cruz del Señor con la cual ha sido signado, mas si no fuere bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, no puede percibir la remisión de sus pecados ni obtener el don de la gracia espiritual (26).

21. Así, pues, aquel sirio se sumergió siete veces en la Ley (representada por el río Jordán; *figura*, a su vez, del Bautismo del Nuevo Testamento); tú, en cambio, fuiste bautizado en el nombre de la Trinidad. Confesaste al Padre, confesaste al Hijo, confesaste al Espíritu Santo. Recuerda lo que hiciste. Observa el orden de los hechos en esta confesión. Has muerto para el mundo y resucitaste

para Dios, y, en cierto modo, fuiste sepultado en este elemento del mundo (el agua) y, muerto para el pecado, resucitaste para la vida eterna. Cree, pues, que esta agua no es vana (27).

22. Por eso se te ha dicho que: “Un ángel del Señor bajaba cada cierto tiempo a la piscina y se agitaba el agua, y el primero que descendía a la piscina, después de la agitación del agua, se curaba de cualquier enfermedad que le aquejase” (28). Esta piscina estaba en Jerusalén y en ella se sanaba una persona al año, pero nadie se sanaba antes que descendiese el ángel. Para que se cayera en la cuenta que descendía el ángel, a causa de los incrédulos, se agitaba el agua. Para éstos era el prodigio, para ti es la fe. Para ellos descendía un ángel, para ti el Espíritu Santo. Para ellos se agitaba una criatura (el agua), para ti Cristo, dueño de la criatura, es quien obra en persona.

23. Entonces uno sólo era curado, ahora todos son sanados o, ciertamente, uno solo: el pueblo cristiano. Porque también hay entre algunos “un agua engañosa”. No sana el bautismo de los pérfidos, no purifica sino mancha. El judío bautiza (lavado ritual) jarros y copas, como si las cosas insensibles pudiesen contraer culpa o recibir la gracia (29). Bautiza tú este cáliz sensible que eres tú; que brillen en él tus buenas obras, que el esplendor de tu gracia resplandezca en él. Así, pues, aquella piscina era también una figura, para que creas que a esta fuente (bautismal) desciende la virtud divina.

24. En fin, aquel paralítico esperaba a un hombre. ¿Cuál, sino al Señor Jesús nacido de la Virgen, a cuya venida ya no sería la sombra la que sanaría a uno por año, sino la verdad que sanaría a todos juntos? Este es, pues, Aquel a quien se esperaba que descendiese, acerca del cual dijo Dios Padre a Juan Bautista: “Aquel sobre quien vieres descender del cielo el Espíritu y posarse sobre El, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo” (30). De El dio testimonio Juan diciendo: “Vi al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre El”. Y aquí, ¿por qué el Espíritu descendió como paloma, sino para que vieres, para que reconocieses que aquella paloma, que el justo Noé hizo salir del arca, fue imagen de esta otra paloma, a fin de que reconozcas la imagen del sacramento?

25. Acaso digas: “Si aquella fue una verdadera paloma enviada (por Noé) y aquí (en el Jordán) descendió como una paloma, ¿cómo decimos que aquello fue una figura y esto una verdad

(realidad), cuando según los griegos está escrito que el Espíritu descendió *bajo la apariencia* de una paloma?” (31). Pero, ¿qué hay que sea tan verdadero (real) como la Divinidad que permanece siempre? En cambio la criatura no puede ser verdad sino apariencia, que fácilmente se desvanece y cambia. Al mismo tiempo que la sencillez de los que se bautizan no debe ser sólo en apariencia, sino en verdad. De ahí que también diga el Señor: “Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (32). Con mucha razón, pues, descendió como una paloma, para advertirnos que debemos tener la sencillez de la paloma. Pero también leemos que es menester tener apariencia” en el sentido de “verdad”, a propósito de Cristo: “Y en apariencia fue hallado como hombre” (33), y a propósito de Dios Padre: “Vosotros ni siquiera habéis visto su “apariencia” (34).

V

26. No es posible, pues, que dudes cuando evidentemente te clama el Padre en el Evangelio, diciendo: “Este es mi Hijo en quien me he complacido” (35); cuando te lo dice el Hijo, sobre el cual se manifestó el Espíritu Santo como paloma; cuando te lo dice David: “Voz del Señor sobre las aguas, tronó el Dios de la majestad, el Señor sobre las muchas aguas” (36); cuando la Escritura te atestigua que, por la oración de Jerobaal descendió fuego del cielo y, otra vez, al ruego de Elías fue enviado el fuego que consagró el sacrificio (37).

27. No consideres los méritos de las personas, sino las funciones de los sacerdotes. Y, si haces cuenta de los méritos, así como estimas a Elías, ten cuenta también de los méritos de Pedro y Pablo, que nos transmitieron este misterio que ellos recibieron del Señor Jesús. A aquéllos se les enviaba un fuego visible para que creyesen; para nosotros, que creemos, es un fuego invisible el que obra; para ellos les fue enviado como figura, para nosotros, como advertencia. Cree, pues, que está presente, invocado por las preces del sacerdote, el Señor Jesús que dijo: “Donde dos o tres se hallaren reunidos en mi nombre, allí también estoy yo” (38). Cuanto más allí donde está la Iglesia, allí donde están sus misterios, se digna conceder su presencia.

28. Descendiste, pues (a la fuente bautismal). Recuerda lo que respondiste: que crees en el Padre, que crees en el Hijo, que crees en el Espíritu Santo. No tienes allí: “Creo en uno mayor y en uno menor y en uno último”. Mas, por la misma garantía de tu palabra estás obligado a que del mismo modo creas en el Hijo como crees en el Padre, y del mismo modo creas en el Espíritu Santo como crees en el Hijo, con esta sola excepción: que tú confieras que debe creerse en la cruz del sólo Señor Jesús (39).

VI

29. Después subiste adonde estaba el sacerdote. Considera lo que siguió. ¿No es, acaso, lo que dice David: “Como unguento en la cabeza, que descendió a la barba, a la barba de Aarón”? (40). Este es el unguento de que también habla Salomón: “Tu nombre es perfume derramado, por eso te amaron las doncellas y te atrajeron” (41). ¡Cuántas almas renovadas hoy te han amado, Señor Jesús, diciendo: “Atráenos, corramos en pos del olor de tus vestiduras” (42), para disfrutar de la fragancia de la resurrección!

30. Entiende por qué se hace esto: “Porque los ojos del sabio están en su cabeza” (43). He aquí por qué desciende a la barba, es decir, en la gracia de la juventud; y ¿por qué a la barba de Aarón?: para que te conviertas en linaje escogido, sacerdotal, precioso (44). Porque todos somos ungidos por la gracia espiritual (45) para el reino de Dios y el co-sacerdocio (46).

31. Subiste de la fuente. Acuérdate de la lectura del Evangelio. En efecto, nuestro Señor Jesús lavó los pies a sus discípulos (47). Cuando llegó a Simón Pedro, dijo Pedro: “Jamás me lavarás los pies” (48). No advirtió el misterio, y, por ende, rehusó el servicio, porque creyó que se agravaba la humillación del siervo si admitía sin resistencia el obsequio del Señor. El cual le dijo: “Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo”. Oído lo cual, Pedro: “Señor — dijo — no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Le respondió el Señor: “El que se lavó no necesita lavarse, a no ser solamente los pies, porque está todo limpio” (49).

32. Limpio estaba Pedro, pero debía lavarse los pies, porque tenía el pecado de la sucesión del primer hombre (50), cuando la serpiente le derribó y le indujo a error. Por eso se le lava los pies

para quitar los pecados hereditarios. En efecto, los nuestros propios son perdonados por el bautismo.

33. Aprende, al mismo tiempo, que el misterio de la humildad consiste en el servicio. Dice, en efecto: “Si yo, el Señor y Maestro, os he lavado a vosotros los pies, cuanto más debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros” (51). Porque habiéndonos redimido el mismo autor de la salvación mediante la obediencia (52), cuanto más debemos nosotros, sus indignos siervos, ofrecer el homenaje de la humildad y de la obediencia.

VII

34. Después de esto, recibiste las vestiduras blancas, para indicar que te despojaste de la envoltura del pecado y te vestiste con los vestidos castos de la inocencia. De éstos dijo el profeta: “Me rociarás con el hisopo y seré limpiado, me lavarás y seré más blanco que la nieve” (53). Se ve, pues, tanto por la Ley como por el Evangelio, que quien es bautizado es limpiado. Según la Ley, porque Moisés rociaba la sangre del cordero con un manojo de hisopo (54). Según el Evangelio, porque las vestiduras de Cristo eran blancas como la nieve, cuando mostró en el Evangelio la gloria de su resurrección (55). Por tanto, más blanco que la nieve se hace aquel a quien se le perdona la culpa. De ahí que también diga el señor, por Isaías: “Aunque tus pecados fueren como la grana, los haré blancos como la nieve” (56).

35. Después de haber recibido estas vestiduras blancas por el baño de la regeneración, dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: “Negra soy y hermosa, ¡oh hijas de Jerusalén!” (57). Negra por la fragilidad de la condición humana, hermosa por la gracia; negra porque estoy compuesta de pecadores, hermosa por el sacramento de la fe. Al contemplar estas vestiduras, dicen estupefactas las hijas de Jerusalén: “¿Quién es ésta que sube toda vestida de blanco? (58). Esta era negra, ¿de dónde le viene que ahora sea blanca?

36. Quedaron perplejos también los ángeles cuando Cristo resucitó, las potestades de los cielos quedaron perplejas viendo que la carne subía al cielo. Decían entonces: “¿Quién es ese rey de gloria?” Y mientras unos decían: “Alzad las puertas de vuestro

príncipe y elevaos puertas eternas, y entrará el rey de la gloria”; otros dudaban diciendo: “¿Quién es este rey de gloria?” También en Isaías lees que las virtudes de los cielos dudaban y decían: “¿Quién es éste que asciende de Edón? El rojo de sus vestiduras es de Bosrá; hermoso es en su túnica blanca” (60).

37. Ahora bien, Cristo, viendo con vestiduras blancas a su Iglesia, por la cual —como lees en el libro del profeta Zacarías— él se había vestido con sórdidas vestiduras (61), o (viendo) al alma limpia y lavada por el baño de la regeneración (62), dice: “¿Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos son como de paloma” (63), bajo cuya apariencia el Espíritu Santo descendió del cielo. Tus ojos son hermosos como de paloma, porque El descendió —como dijimos más arriba— como paloma.

38. Y poco después (agrega Jesús): “Tus dientes son como hato de cabras de esquila que subieron del baño, que producen, todas, crías mellizas sin que haya estéril entre ellas. Como cinta de grana son tus labios” (64). No es mediocre esta alabanza. Primero, por la dulce comparación de las cabras de esquila. Las cabras, en efecto, sabemos que pastan sin peligro en las alturas y pacen seguras en los lugares abruptos, y, además, cuando se las esquila se las descarga de lo superfluo. Con el rebaño de ellas es comparada la Iglesia, que posee en sí muchas virtudes de las almas que, por el baño, apartan la superfluidad de sus pecados y ofrecen a Cristo la mística *fe* y la gracia *moral*, y hablan de la cruz del Señor Jesús.

39. Hermosa es la Iglesia en estas (almas). Por eso el Verbo de Dios le dice: “Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay defecto en ti”, porque la culpa fue sumergida (65). “Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano; pasarás y atravesarás desde el principio de la fe” (66), porque renunciando al mundo pasó el siglo y atravesó hasta Cristo. Y otra vez, Dios Verbo le dice: “Qué hermosa y suave te has hecho, el amor está en tus delicias. Tu talle se ha hecho semejante a la palmera, y tus pechos son racimos” (67).

40. La Iglesia le responde: “Quién me diera que fueses, hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre. Al encontrarte afuera te besaría, y no me despreciarían. Yo te llamaría y te introduciría en la casa de mi madre, en lo íntimo de la que me ha concebido. Tú me enseñarás” (68). ¿Ves cómo, deleitada por el don de las gracias (69), desea ella penetrar hasta los misterios más in-

teriores y consagrar a Cristo todas sus potencias? Ella busca aún, ella despierta aún más el amor y pide que sean despertadas para ella las hijas de Jerusalén, es decir, las almas fieles, con ayuda de las cuales desea provocar al esposo a un más rico amor por ella (70).

41. Así el Señor Jesús, invitado por tanta voluntad de amor, por la delicadeza de su hermosura y de su gracia —pues en los que han sido lavados (en el Bautismo) ya no hay suciedad de delitos— dice a la Iglesia: “Ponme como sello en tu corazón, como sello en tu brazo” (71), esto es: “Hermosa eres, amiga mía, toda hermosa eres, nada te falta (72). “Ponme como sello en tu corazón”, para que tu fe resplandezca en la plenitud del sacramento. ¡Que brillen también tus obras y manifiesten la imagen de Dios, a cuya imagen fuiste hecha! ¡Que no disminuya tu amor por persecución alguna, que no puede ser extinguido por las muchas aguas, que los ríos no pueden anegar! (73).

42. Así, pues, acuérdate que recibes el Sello espiritual (74), “el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de conocimiento y de piedad, el Espíritu del santo temor” (75), y guarda lo que recibiste. Dios Padre te signó, Cristo Señor te confirmó y puso en tu corazón las arras del Espíritu, como te lo enseñó la lectura del Apóstol (76).

VIII

43. El pueblo, lavado, y enriquecido con estas insignias, se dirige hacia los altares de Cristo, diciendo: “Me acercaré al altar de Dios, de Dios que alegra mi juventud” (77). Porque, depuestos los despojos de sus antiguos errores, renovada su juventud, como la del águila (78), se apresura a acercarse al celestial convite. Viene, pues, y ve el sacrosanto altar convenientemente preparado, y exclama: “Preparaste delante de mí una mesa”. A este (pueblo) es a quien hace hablar David, cuando dice: “El Señor me apacienta y nada me faltará. En verde pradera me colocó. Me condujo al agua de restauración”. Y luego agrega: “Aunque ande en medio de la sombra de la muerte, ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo me han consolado (infundido aliento). Preparaste delante de mí una mesa contra los que me

atribulan. Ungiste con óleo mi cabeza, y tu cáliz embriagador ¡cuán preclaro es! (79).

44. Ahora, examinemos esto, no sea que alguno, viendo las cosas visibles —porque no se ven las cosas invisibles ni las pueden abarcar los ojos humanos— diga tal vez: “Dios hizo llover maná y codornices a los judíos; mientras que para la Iglesia muy amada, lo que le preparó es aquello de que se ha dicho: “Que el ojo no vio ni el oído oyó ni subió al corazón del hombre, lo que preparó Dios para los que le aman” (80). Así, pues, para que ninguno diga esto, con suma atención queremos probar que los sacramentos de la Iglesia no sólo son más antiguos que los de la Sinagoga, sino también superiores al maná.

45. Que son más antiguos lo enseña la lectura del Génesis que se acaba de hacer (81). La Sinagoga, en efecto, tuvo principio por la ley de Moisés. Ahora bien, Abrahán fue muy anterior. Después de vencer a sus enemigos y rescatar a su sobrino, cuando saboreaba la victoria, entonces le salió al encuentro Melquisedec, quien le presentó las ofrendas que Abrahán recibió con veneración. No fue Abrahán quien ofreció, sino Melquisedec que es presentado como “sin padre ni madre ni comienzo ni fin de días”, sino semejante al Hijo de Dios, de quien dice Pablo a los Hebreos que “permanece sacerdote para siempre (82). El cual, según la interpretación latina, es llamado “rey de justicia, rey de paz”.

46. ¿No te das cuenta quién puede ser éste? ¿Puede acaso un hombre (que no sea Dios a la vez) ser rey de justicia, cuando apenas es justo? ¿Puede ser rey de paz, cuando apenas puede ser pacífico? (83). El es sin madre según la Divinidad, porque es engendrado por Dios Padre, de una misma substancia con el Padre. Sin padre según la Encarnación porque nació de la Virgen. No tiene ni comienzo ni fin, porque El mismo es comienzo y fin de todo, “el primero y el último” (84). Por tanto, no es don humano sino divino el sacramento que has recibido, traído por aquel que bendijo a Abrahán, padre de la fe, aquel de quien admiras la gracia y los hechos.

47. Probado está que los sacramentos de la Iglesia son más antiguos. Conoce, ahora, que son superiores. Es en verdad admirable que Dios haya hecho llover maná para nuestros padres (85), y que con alimento cotidiano del cielo hayan sido alimentados. Por eso se ha dicho: “El pan de los ángeles ha comido el hombre” (86).

Pero con todo, aquellos que comieron ese pan en el desierto todos murieron. Este alimento, en cambio, que tú recibes, este Pan vivo que descendió del Cielo”, administra el sustento de la vida eterna y quien le comiere “no morirá jamás” (87). Es el cuerpo de Cristo.

48. Considera, ahora, cuál sea superior: si el pan de los ángeles o la carne de Cristo, que ciertamente es el Cuerpo de vida (que da la vida). Aquel maná era del cielo, éste está sobre el cielo; aquél era del cielo, éste es del Señor del cielo; aquél se corrompía si se guardaba de un día para el otro (88), éste es ajeno a toda corrupción, y quien religiosamente le gustare no puede experimentar la corrupción (89). Para aquéllos (los judíos) manó el agua de la piedra, para ti la sangre de Cristo. A ellos el agua los satisfacía momentáneamente, a ti la Sangre te lava eternamente. El judío bebió y tuvo sed, tú, cuando bebes, ya no puedes tener sed. En fin, todo aquello sucedía como sombra (figura), esto sucede en la verdad.

49. Si aquello que admiras no es más que la sombra, ¿cuánto más deberás admirarte de esto, cuya sombra es aquella que admiras! Oye: es la sombra la que se manifestó a los padres: “Bebían —dice— de la piedra que (les) seguía. Ahora bien, la piedra era Cristo. Con todo, la mayor parte de ellos no agradó a Dios, pues fueron postrados en el desierto. Ahora bien, todas estas cosas fueron hechas en figura para nosotros (para nuestra enseñanza)” (90). ¿Has comprendido qué cosas valen más?: la luz, en efecto, es preferible a la sombra; la verdad, a la figura; el cuerpo del Creador, al maná del cielo.

IX

50. Acaso digas: “Yo veo otra cosa, ¿cómo me dices que recibo el cuerpo de Cristo”? Esto es lo que nos falta aún por probar. ¡Cuán grande, en verdad, son los ejemplos que utilizamos! Probemos que esto no es lo que la naturaleza ha producido sino lo que la bendición ha consagrado, y que mayor es el poder de la bendición que el de la naturaleza, pues por la bendición se cambia la misma naturaleza.

51. Moisés tenía su vara, la arrojó (a tierra) y se hizo una serpiente. Tomó la cola de la serpiente y volvió a la naturaleza de

vara (91). Ves, pues, que por la gracia profética fue cambiada dos veces la naturaleza, la de la serpiente y la de la vara. Por los ríos de Egipto corrían aguas claras; de súbito, comenzó a manar sangre de las venas de las fuentes y no había agua potable en los ríos (92). Otra vez, por la oración del profeta cesó de correr la sangre de los ríos, y retornó la naturaleza de las aguas. Cercado por todas partes estaba el pueblo hebreo: por un lado, le sitiaban los egipcios; por el otro, le detenía el Mar Rojo. Moisés levantó su vara: se separó el agua y se endureció como muralla de agua, un camino por donde se podía pasar a pie (93). El Jordán, volviéndose atrás, contra su naturaleza, retornó a la fuente de donde nace (94). ¿Acaso no es claro que fue cambiada la naturaleza de las olas del mar y el curso del río? Tenía sed el pueblo de los padres: tocó Moisés la piedra y brotó agua de la piedra (95). ¿Acaso no obró la gracia preternaturalmente para que la piedra vomitara agua, que no tenía por naturaleza? Fuente amarguísima era la de Mara, tanto que el pueblo sediento no podía beber de ella. Moisés puso un leño en el agua, y la naturaleza de las aguas perdió su amargura, que la gracia infundida mitigó súbitamente (96). En tiempo de Eliseo, a un hijo (discípulo) de profeta se le escapó el hierro de la segur y al instante se hundió en el agua. El que había perdido el hierro rogó a Eliseo. También Eliseo puso un leño en el agua y el hierro sobrenadó en el agua (97). También nos damos cuenta que esto se hizo de manera superior a la naturaleza: en efecto, la materia del hierro es más pesada que el líquido de las aguas.

52. Advertimos, pues, que mayor es el poder de la gracia que el de la naturaleza, y, sin embargo, todavía ponemos límite a la gracia de la bendición profética. Si tanto puede la bendición de un hombre, que cambia la naturaleza, ¿qué habremos de decir, entonces, de la consagración divina, en la cual obran las palabras mismas del Señor Salvador? (98). Pues este sacramento que recibes se produce por la palabra de Cristo. Si tanto pudo la palabra de Elías, que hizo descender fuego del cielo, ¿no podrá, acaso, la palabra de Cristo cambiar la naturaleza de los elementos? Léiste, acerca de las obras de todo el universo, que: “El dijo, y fueron hechas, El ordenó, y fueron creadas” (99). La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no era, ¿no puede, acaso, cambiar las cosas que son en lo que no eran? Porque no es menos dar a las cosas nueva naturaleza que cambiar su naturaleza.

53. Mas, ¿por qué servirnos de argumentos? utilicemos sus ejemplos y establezcamos la verdad del misterio de la Encarnación. ¿Acaso precedió el curso ordinario de la naturaleza, cuando el Señor Jesús nació de María? Si buscamos el orden natural, lo natural es que la mujer engendre por unión con un hombre. Es evidente, pues, que la Virgen engendró fuera del orden natural. Y esto que nosotros producimos (mediante la Consagración), es el cuerpo nacido de la Virgen. ¿Por qué buscar aquí el orden de la naturaleza en el cuerpo de Cristo, cuando el mismo Señor Jesús fue dado a luz por una virgen? Por tanto, es la verdadera carne de Cristo, que fue crucificada, que fue sepultada. Verdaderamente es el sacramento de su Carne.

54. Lo afirma el mismo Señor Jesús: “Esto es mi cuerpo”. Antes de la bendición con las palabras celestiales, se lo llama con otro nombre (pan); después de la consagración significa Cuerpo. El mismo Jesús dice que es su sangre. Antes de la consagración se llama otra cosa; después de la consagración se la proclama Sangre. Y tú dices: “Amén”, es decir, “es verdad” (100). Lo que habla la boca, reconózcalo la mente íntima; lo que la palabra pronuncia, lo reafirme el corazón.

55. Con estos sacramentos, pues, alimenta Cristo a su Iglesia, con ellos corrobora la sustancia del alma, y con razón, viendo el progreso de la gracia que contiene, le dice: “¡Qué hermosos son tus pechos, hermana mía, esposa! ¡Cuanto más que el vino; y la fragancia de tus vestiduras que todos los aromas! Miel destilan tus labios ¡oh esposa! miel y leche hay debajo de tu lengua y el perfume de tus vestiduras es como el olor del Líbano. Huerto cerrado eres, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada” (101). Con lo cual significa que en ti debe permanecer sellado el misterio, que no sea violado por las obras de una vida mala, ni la castidad por el adulterio, ni que se divulgue entre aquellos a quienes no conviene, ni se esparza con gárrula locuacidad entre los pérfidos. Buena debe ser, pues, la guarda de la fe, a fin de que permanezca incólume la integridad de tu vida y tu silencio.

56. De ahí que la Iglesia, guardando la profundidad de los misterios celestiales, rechaza de sí las pesadas borrascas del viento y atrae la suavidad de la gracia primaveral, y, sabiendo que su huerto no puede desplacer a Cristo, llámale a él, su esposo, diciendo: “¡Surge, Aquilón, y ven; Austro, sopla en mi huerto; y

que se difundan mis perfumes! Descienda mi hermano a su huerto y coma el fruto de mis manzanos” (102). Porque tiene buenos árboles y fructíferos, cuyas raíces se impregnan con el riego de la sagrada fuente, y pululan en buenos frutos con el germen de nueva fecundidad, de modo que no los corta ya el hacha profética, sino que los fecunda la abundancia evangélica (103).

57. En seguida el Señor, deleitado también por la fecundidad de aquellos árboles, le responde: “Entré en mi huerto, hermana mía, esposa, vendimié la mirra con mis unguentos, comí mi alimento con mi miel, bebí mi bebida con mi leche” (104). Tú, que tienes fe, entiende por qué habla de comida y de bebida. No hay duda que El come y bebe en nosotros, así como El se dice encarcelado en nosotros (105).

58. Por lo cual la Iglesia, a su vez, viendo tanta gracia, exhorta a sus hijos, exhorta a sus allegados a que concurran a los sacramentos, diciendo: “Comed amigos míos, y bebed y embriagaos, hermanos míos” (106). Qué hemos de comer y qué hemos de beber, en otra parte lo expresó el Espíritu, por los profetas, diciendo: “*Gustad*, y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el hombre que espera en El” (107). En este sacramento está Cristo, porque es el cuerpo de Cristo. No es, pues, un alimento corporal sino espiritual. Por eso también dice el Apóstol, al hablar de su tipo (figura), que “nuestros padres comieron un alimento espiritual y bebieron una bebida espiritual” (108). Porque el cuerpo de Dios es cuerpo espiritual, el cuerpo de Cristo es cuerpo del Espíritu divino, porque Cristo es espíritu, como leemos: “espíritu (o aliento) es Cristo Señor ante nuestro rostro” (109). Y en la Epístola de Pedro hallamos: “Cristo murió por nosotros” (110). En fin, esta comida corrobora nuestro corazón y esta bebida alegra el corazón del hombre, como recordó el profeta (111).

59. Así, después de haber recibido todo, sabemos que hemos sido regenerados ¿y no habríamos de decir cómo hemos sido regenerados? ¿Acaso volvimos al seno de nuestra madre y renacimos? (112). No, aquí no reconozco el curso ordinario de la naturaleza. No se da el orden de la naturaleza aquí donde brilla la excelencia de la gracia. Además, no siempre se produce la generación por el curso ordinario de la naturaleza: nosotros confesamos que Cristo Señor fue engendrado de una virgen y negamos el orden de la naturaleza. Porque María no concibió por obra de varón sino del

Espíritu Santo, como dice San Mateo: “se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo” (113). Si, pues, sobreviniendo el Espíritu Santo a una Virgen produjo la concepción y llevó a cabo la obra de la generación, ciertamente no hay que dudar que, sobreviniendo a una fuente o sobre aquellos que se llegan al Bautismo, produce la realidad de la regeneración.

NOTAS

1. En los sacramentos se atiende más al rito, en los misterios al sentido recóndito de la Escritura.
2. Marcos 7, 34. Véase *Sacramentos* I, 2.
3. Véase *Sacramentos* I, 5.
4. Malaquías 2, 7. Cf. *Sacrament.* I, 7.
5. El Occidente es símbolo del diablo; el Oriente, de Cristo.
6. Cf. *Infra* 20 y *Sacrament.* I, 15 y 18.
7. II Corintios 4, 18.
8. Romanos 1, 20.
9. Juan 10, 38.
10. Génesis 1, 2. La acción fecundante (y su presencia, porque el agente está donde obra) surge más significativamente de la palabra hebrea que, según Solowiew (*Fundamentos Espirituales de la Vida*; Edic. Platón, Bs.), expresa la idea "incubar" o "empollar". En este sentido se invoca al Espíritu Santo en sus letanías: "Espíritu del Señor que al comienzo de la creación, *incubando las aguas*, las fecundaste" (Se distingue la presencia ["incubando"] y la operación ["fecundaste"]). El Espíritu de Dios es principio de toda vida: cf. Salmo 33, 6; Job 33, 4; Ezeq. 37, 10; Juan 6, 64; Judith 16, 17; Salmo 103, 30.
11. Salmo 32, 6.
12. Génesis 6, 3.
13. Véase *Sacrament.* II, 23 y II, 9.
14. I Corintios 10, 1-2.
15. Exodo 15, 10.
16. Lucas 1, 35.
17. Juan 1, 17.
18. Exodo 15, 23-25. Véase *Sacrament.* II, 12.
19. Están bien visibles los elementos del sacramento. Forma: palabras que pronuncia el sacerdote. Materia: agua. Ministro: el sacerdote. Sujeto: el hombre. Así, pues, en un *signo sensible y eficaz de la gracia*.
20. Como si dijera: se ve penetrativamente mediante el espíritu; o mente, que en lenguaje místico equivale a: centro o fondo o ápice del alma, donde mora Dios por la Gracia (Cf. Sto. Tomás, *De veritate*, q. 16, a. 2 ad. 3). Pueden verse otras acepciones y citas en "Evolución Mística" del R. P. Arintero (Edic. B.A.C., 1952, nota 19, pág. 109). También puede referirse al conocimiento *por el amor* (que también *mente* quiere decir *corazón*): cf. I Juan 2, 8 y Filipenses 1, 9.
21. IV Reyes 5, 1-14. Cf. *Sacrament.* I, 13-14 y II, 8.
22. Es decir, es un misterio que no sólo supera toda sensación, imaginación y pensamiento humano, sino hasta los mismos deseos del corazón.
23. I Juan 5, 8.
24. Sin la efusión de la sangre de Cristo en la Cruz, no hay redención (Hebreos 9, 22); la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado (I Juan 1, 7).
25. Juan 3, 5.
26. Esto es, no basta que Jesús haya derramado su sangre en la Cruz, ni que el agua esté consagrada para el bautismo, es menester aún la FE para recibir eficazmente el Bautismo con sus efectos: remisión de pecado o pecados, efusión de la Gracia santificante por la cual nos hacemos hijos de Dios, etc.
27. Véase *Sacrament.* II, 17-19 y 23.
28. Juan 5, 4. Cf. *Sacrament.* II, 3, 6-7.

29. Mateo 7, 8.
30. Juan 1, 32 y 33.
31. Lucas 3, 22. Cf. *Sacrament.* II, 14.
32. Mateo 10, 16.
33. Filipenses 2, 7.
34. Juan 5, 37.
35. Mateo 3, 17.
36. Salmo 28, 3.
37. Jueces 6, 21. III Reyes 18, 38.
38. Mateo 18, 20.
39. Véase el Prefacio de la misa de los domingos. La excepción quiere decir que creemos que sólo el Hijo se encarnó y, como hombre, padeció el suplicio y la muerte de cruz. Cf. *Sacrament.* II, 20.
40. Salmo 132, 2. Cf. *Sacrament.* II, 24 y III, 1.
41. Cantar 1, 2.
42. Cantar 1, 3.
43. Eclesiastés 2, 14. Cf. *Sacrament.* III, 1 y su nota.
44. I Pedro 2, 9. Cf. *Sacrament.* IV, 3.
45. En el *Veni Creator* llamamos al Espíritu Santo: "Unción espiritual", porque, como dice el R.P. Arintero (*op. cit.*, p. 171). El nos unge, con su misma comunicación, convirtiéndonos en *ungidos* del Señor, en verdaderos *Cristos*, y así nos *sella* invisiblemente con la imagen del Verbo.
46. Véase nota a *Sacrament.* IV, 3.
47. Cf. *Sacrament.* III, 4-7.
48. Juan 13, 8.
49. Juan 13, 9-10.
50. Aquí "pecado", está tomado por "concupiscencia" (*De Jacob*: "conocí que la concupiscencia es el pecado").
51. Juan 13, 14.
52. Filipenses 2, 8.
53. Salmo 50, 9.
54. Exodo 12, 22.
55. Marcos 16, 5.
56. Isaías 1, 18.
57. Cf. Cantar 1, 4.
58. Cf. Cantar 6, 9 y 8, 5.
59. Salmo 23, 7.
60. Isaías 63, 1.
61. Cf. Zacarías 3, 3. II Corintios 5, 21. Filipenses 2, 7. I Pedro 2, 24.
62. Cf. Tito 3, 3.
63. Cantar 4, 1.
64. Cantar 4, 2-3.
65. Cantar 4, 7.
66. Cantar 4, 8.
67. Cantar 7, 6-7.
68. Cantar 8, 1-12.
69. El Espíritu Santo es llamado Don de Dios, Don del Altísimo.
70. Cantar 5, 8.
71. Cantar 8, 6.

72. Cantar 4, 7.
73. Cantar 8, 7.
74. Cf. *Sacrament.* III, 8 y su nota.
75. Isaías 11, 2-3.
76. Cf. I Corintios 1, 21-22.
77. Salmo 42, 4.
78. Cf. Salmo 102, 5.
79. Salmo 1-2, 12 y 4-5. Cf. *Sacrament.* V, 13.
80. I Corintios 2, 9.
81. Génesis 14, 14-19.
82. Hebreos 7, 2.
83. A Dios propiamente conviene por esencia ser la justicia, la paz, etc. Así, Dios es Justicia, el hombre es justo...
84. Apocalipsis 1, 8.
85. Exodo, XVI, 15.
86. Salmo 77, 25.
87. Juan 6, 49 y 59.
88. Exodo 16, 20.
89. Juan 6, 50.
90. I Corintios 10, 4-6.
91. Exodo 4, 3-4.
92. Exodo 7, 19-21.
93. Exodo 14, 21-22.
94. Josué 3, 16. Salmo 113, 5.
95. Exodo 17, 6.
96. Exodo 15, 23-25.
97. IV Reyes 6, 5-6.
98. Cf. *Sacrament.* IV, 14, 19, 21 y 22.
99. Salmo 148, 5.
100. Cf. *Sacrament.* IV, 25.
101. Cantar 4, 10-12.
102. Cantar 4, 16.
103. Mateo 3, 8 y 10. Juan 15, 5.
104. Cantar 5, 1.
105. Cf. Mateo 25, 36.
106. Cantar 5, 1.
107. Salmo 33, 9.
108. I Corintios 10, 3.
109. Lamentaciones 4, 20 (En especial vers. LXX). Sostiene, pues, San Ambrosio, que Cristo en la Eucaristía es verdadera comida, pero espiritual. Su cuerpo, es verdadero cuerpo humano, como el nuestro, pero totalmente penetrado y poseído por el Espíritu Santo, y glorificado, al cual se asemejará el nuestro después de la Resurrección (Cf. Filip. 3, 21). Recuérdese que si bien la Encarnación es obra de la Santísima Trinidad —apropiada al Espíritu Santo—, solamente “el Verbo se hizo carne”, pero carne (totalmente pura) del nuevo Adán el “hombre espiritual”, opuesto al viejo Adán, el hombre carnal o de pecado (Cf. I Cor. 15, 45-49).
110. I Pedro 2, 21.
111. Salmo 103, 14-15.
112. Cf. Juan 3, 4.
113. Mateo 1, 18.

INDICE ANALITICO (1)

AARON, S. IV, 3.

Abjuración, S. I, 5, M. 5.

Agua

— del Bautismo, S. III, 3, M. 20.

— bendición de agua, S. I, 15, 18; II, 14. M. 8, 20, 22.

— del costado de Cristo, S. V, 4.

— en la Creación, M. 9.

— su mezcla en el Cáliz, S. V, 2-3.

— de la Piedra, S. V. 3. M. 51.

Altar, S. III, 11; IV, 7; V, 7, M. 43.

Altar de los perfumes (timiamaterio), S. IV, 4.

Amén, S. IV, 25. M. 54.

Angel (ver Sacerdote).

Angel de la piscina probática, S. II, 3-4. M. 22-24.

Apertura, S. I, 2-3. M. 3-4.

BAUTISMO

— sus efectos, S. II, 1; III, 14-15. M. 12.

— su fórmula, S. II, 10, 14, 22. M. 20.

— muerte y resurrección, S. II, 17-19, 23; VI, 7-8. M. 21.

— de Jesús, S. I, 15-16.

— falso, S. II, 2.

Baptisterio, S. II, 20; IV, 2. M. 5.

Bendición del agua (ver Agua).

CALIZ, S. V., 2.

Canon de la Misa, S. IV, 21-22, 27.

Carne de Cristo, S. IV, 14. M. 53.

Catecúmeno, S. III, 12.

Ciego de nacimiento, S. III, 11.

Columna de luz y nube, S. I, 22. M. 12-13.

Comunión, S. IV, 23-25, 28; V, 12.

Comunión cotidiana, S. V, 25; VI, 24.

Confirmación, S. III, 8. M. 42.

Consagración eucarística, S. IV, 14, 19, 21-22. M. 50.

Consignación, S. III, 10, M. 20.

Cristo.

— su bautismo, S. I, 15-16.

- su cuerpo, S. I, 6; V, 12, 24; VI, 4. M. 54.
- su sangre, S. V, 4.
- su nacimiento de virgen, S. IV, 12, 17. M. 13, 53-59.
- sus nupcias, S. V, 8.
- sus símbolos:
 - a) Piedra, S. V, 3, M. 59.
 - b) Luz, S. I, 22.
 - c) Melquisedec, S. IV, 10-12; V, 1-2. M. 45-46.
 - d) El altar, S. IV, 7; V, 7.

Crurifragium, S. V, 4, nota.

Cruz.

- en el bautismo, S. II, 6.
- en el símbolo, S. III, 14-15. M. 28.
- señal o signo de la, M. 20.

Cuervo (figura del pecado), M. 11.

DEMONIO, símbolo del (ver Occidente).

Diluvio, S. I, 23; II, 1. M. 10.

Dones (ver Espíritu).

EFFETA, S. I, 2-3. M. 3-4.

Elías, S. II, 11. M. 26.

Eliseo, S. II, 11, 13; IV, 18. M. 51.

Espíritu.

- de Jesús, S. I., 17-18. M. 25.
- en el Bautismo, S. I, 15, 17. M. 9, 19-20, 24, 59.
- en el bautismo de Jesús, S. VI, 9. M. 24.
- en la Creación, M. 9.
- en Pentecostés, S. II, 15.
- en la Columna de nube, S. I, 22.
- es Don, M. 40 y nota 69.
- es Sello, S. III, 8 y nota 40.
- es Unción, M. 30 y nota 45.
- es Paráclito (Consolador), S. VI, 10.
- sus dones, S. III, 8-10; VI, 9. M. 42.

Eucaristía (ver Comunión).

- participación de la Divinidad, S. VI, 4.
- sacrificio, S. IV, 27.
- comida espiritual, S. V, 13-14. M. 58 y nota 109.
- medicina celestial, S. V, 25.

- débese estar en Gracia para recibirla, S. V, 5-7.
 - a ella se refiere el Salmo 22, S. V, 13.
- Exorcismo del agua, S. I, 18.

FE, S. I, 2; II, 15, M. 22, 27.

Fuente bautismal, S. I, 9; III, 1.

Fuego del cielo, M. 26-27.

Fuente Mara, S. II, 12; IV, 18. M. 14, 51.

GRACIA, S. I, 1-15; III, 1; IV, 6; V, 4-19. M. 23.

— se requiere para comulgar, S. V, 5-7.

— se pierde por pecado grave (mortal), M. 10.

— su poder es mayor que el de la naturaleza, M. 52.

HACHA (ver Segur).

IGLESIA

— sus símbolos (cautiva entre gentiles), S. II, 8. M. 18.

— sus nupcias, S. V, 8.

Iglesia de Roma, S. I, 1; III, 5.

JEROBAAL (ver fuego del cielo), M. 26.

Jordán (río), S. II, 8. M. 16, 51.

LANZA (ver costado de Cristo).

Lavatorio de los pies, S. III, 4-7. M. 31-33.

Leño (ver Madero).

Luz, símbolo de Cristo, S. I, 22.

MADERO (figura de la Cruz), S. II, 11-13. M. 10-11, 14.

Mandato (ver Lavatorio de los pies).

Manos (la elevación de las), S. VI, 18 y nota.

Mara (ver Fuente).

Mar Rojo, S. I, 8, 12, 20. M. 12, 51.

Melquisedec. S. IV, 10-12; V, 1-2. M. 45-46.

Mente (sus acepciones), S. VI, 12.

Misterios de los judíos, S. I, 11-23; IV, 10. M. 44-46.

Mujer (en qué radica su encanto y fuerza), S. VI, 21.

NAAMAN, S. I, 9, 13-14; II, 8. M. 16-17.

Nube (ver Columna de).

OCCIDENTE (símbolo del diablo), M. 7.

Oración (sus partes y modo de orar). S. V, 18-29; VI, 11-22.

Oración dominical (ver Padrenuestro).
Oriente (símbolo de Cristo), M. 7.

PADRENUESTRO, S. V, 18-19; VI, 24.

Paloma, S. II, 14. M. 10-11, 24-25, 37.

Pan, ofrecido por Melquisedec, S. IV, 12. M. 44.

Pan de vida, S. IV, 24; VI, 4.

Paralítico, S. II, 5-7. M. 22-24.

Pecado.

— generalmente el diablo es quien nos hace pecar, S. V, 30.

— la Gracia aleja al pecado, S. II, 13.

— la Santísima Trinidad lo perdona, S. II, 22.

— la muerte le pone fin, S. II, 17.

— hace árida al alma, S. IV, 2.

— el Bautismo lo borra, S. III, 7; V, 19.

— la Eucaristía fortalece contra él, S. IV, 28.

— el pecado de Pedro, S. II, 21.

— no hay hombre sin pecado, S. III, 13.

— grave, hace perder la gracia, M. 10.

Pentecostés, S. II, 15.

Pez (su simbolismo), S. III, 3 y nota.

Piedra (figura de Cristo), S. V, 3. M. 51.

Piscina de Siloé, S. II, 3. M. 22-24.

Presencia de Dios en el Bautismo, S. I, 18. M. 8, 27.

Presencia de Dios en la Eucaristía, S. IV, 20-22, 27; VI, 1-2.
M. 54.

REALEZA del cristiano, S. IV, 3. M-30.

Regeneración, S. III, 2. M. 35, 59.

Remisión de los pecados, S. III, 12-13; IV, 8; V, 6, 17. M. 41.

Renuncia al diablo (ver Abjuración).

Roma (ver Iglesia de).

SACERDOCIO del cristiano, S. IV, 3. M. 30.

Sacerdote.

— es ángel de Dios, S. I, 7. M. 6.

— considerarle por su investidura, M. 27.

— invocación del sacerdote, S. I, 18; III, 9; M. 27.

Sancta Sanctorum (ver Tabernáculos).

Sangre de Cristo, S. IV, 19, 22-23, 28. V, 4; VI, 1.

Segur (hacha), S. II, 11; IV, 18. M. 51.
Sepulcro (simbolizado por la fuente), S. II, 19, 23; III, 1.
Símbolo bautismal, S. II, 20. M. 21, 28.

TABERNACULO o tiendas, S. IV, 1-2.
Timiamaterio (ver Altar de los perfumes).
Trinidad, S. II, 14-22; VI, 5, 8. M. 7, 21.

UNCION (ver Espíritu).
– prebautismal, S. I, 4.
– posbautismal, S. II, 24; III, 1. M. 29.

VARA de Aarón, S. IV, 3.
Vara de Moisés, S. I, 22; V, 3. M. 51.
Vestimenta cándida (bautismal), S. V, 14. M. 34-35.

NOTA

1. Se indica *Los Sacramentos* con la letra S, y *Los Misterios* con la letra M. Los números romanos indican el Libro (en los Sacramentos) y los arábigos son los números marginales primitivos del texto latino.

INDICE GENERAL

	Págs.
SAN AMBROSIO Y SUS OBRAS	3
LOS SACRAMENTOS	
LIBRO PRIMERO	
Capítulo I	13
Capítulo II	14
Capítulo III	15
Capítulo IV	15
Capítulo V	16
Capítulo VI	18
LIBRO SEGUNDO	
Capítulo I	21
Capítulo II	21
Capítulo III	23
Capítulo IV	23
Capítulo V	23
Capítulo VI	25
Capítulo VII	26
LIBRO TERCERO	
Capítulo I	29
Capítulo II	31
LIBRO CUARTO	
Capítulo I	35
Capítulo II	36
Capítulo III	37
Capítulo IV	38
Capítulo V	40
Capítulo VI	41
LIBRO QUINTO	
Capítulo I	43
Capítulo II	43
Capítulo III	45
Capítulo IV	46

	Págs.
LIBRO SEXTO	
Capítulo I	51
Capítulo II	52
Capítulo III	53
Capítulo IV	54
Capítulo V	55
LOS MISTERIOS	
Capítulo I	63
Capítulo II	64
Capítulo III	64
Capítulo IV	67
Capítulo V	69
Capítulo VI	70
Capítulo VII	71
Capítulo VIII	73
Capítulo IX	75
INDICE ANALITICO	83